



LA CARRERA DEL

terminantes de aquellas monstruosas actitudes no han desaparecido del todo.

Si se actuaba de tal forma era porque los prejuicios imperantes, la tradición, relegaban a la mujer que no se casaba a una existencia amarga, sin significación social ni personal. A menos de que poseyera fortuna propia, quedaba a merced de toda clase de angustias económicas. Y aun en el primer caso, permanecía como un ser aparte, disminuido, limitado, al no poder cumplir el único destino a su alcance: el de esposa y madre. Sólo a través del matrimonio podía realizarse como ser humano. Fuera de él, y por sus

propios medios, no podía conseguir nada. Era un ser indefenso, ignorante del mundo y sus luchas, incapaz de iniciativa o decisión alguna.

La condición absolutamente dependiente de la mujer la hacía pasar sin transición de la férula paterna a la marital, y ni sus sentimientos ni sus inclinaciones intervenían poco o nada en su cambio de estado. Y era tal su convicción de que obtener un marido era lo mejor que podía sucederle —extraída del estado de opinión general—, que no solamente no se afligía al sentirse como un objeto del que todos disponían, sino que se consideraba

afortunada por haber tenido la suerte de ser escogida. Pero el matrimonio aceptado de esta forma pasiva no tardaba en traducirse en un sentimiento de frustración, de vacío y tedio. La resignación y el sentido del deber solían mantener a la esposa en su sitio; pero la felicidad a que hubiera tenido derecho y que hubiese podido lograr actuando por propia determinación, no estaba a su alcance.

libertad interior

Posiblemente, la mejor conquista a que puede aspirar la mujer, en la época actual, sea no ya la

ISABEL ha hecho una boda estupenda. Se ha casado con un muchacho riquísimo".

La aclaración sobra. Sólo el enunciado, "una boda estupenda", presupone, de acuerdo con las expresiones al uso, la cantidad de coches, alhajas y viajes al extranjero que estarán al alcance de la afortunada Isabel desde el momento de su matrimonio.

No habría que regatear la enhorabuena en casos similares si se supiese que, a la holgura material, se añaden otros factores evidentemente más decisivos en el futuro de la chica. ¿Es ese muchacho el que de verdad le conviene? ¿Se comprenden, se quieren lo suficiente? ¿Hay probabilidades, teniendo en cuenta preparación, gustos, sensibilidad comunes, de que el matrimonio supere los años en un clima de alegría y de paz?

Seguramente, el consorte contestaría afirmativamente a estas preguntas. Si no lo creyese, no se habría decidido a casarse. El no tiene razón alguna que le incline a dar ese paso como no sea la del sentimiento. Se ha enamorado y es suficiente. Que la novia no tenga dinero ni situación social brillante, carece de importancia. El dispone de ambas cosas para los dos. Y sólo con llevar su apellido, ella entrará a formar parte de un mundo que hasta entonces le era inaccesible.

¿Y ella? ¿Ha obrado, al decir "sí", con la misma libertad de elección? ¿O está influida desde un principio por esa posibilidad de "boda estupenda" que a su alrededor se alienta y se envidia?

un único destino

Las uniones friamente amañadas, o determinadas con energía por padres deseosos de "colocar" lo mejor posible a sus hijas, pertenecen al dominio de tiempos ya periclitados. Pero las razones de-



MATRIMONIO

igualdad de derechos con el hombre, sino la libertad de escoger su propio destino. Una libertad que no ha de traducirse fatalmente en un cambio radical de actitudes externas, sino en la convicción de que puede optar; de que no existen estatutos rígidos que se refieran en exclusiva a su condición de mujer; de que está en su mano decidir su camino, el que considere más acorde con sus aptitudes o sus aspiraciones, sin que de ello se desprenda ninguna catástrofe irremediable.

El mundo de hoy, aceptando y aun solicitando la colaboración femenina en múltiples campos, le ofrece innúmeras posibilidades de realización. Y aunque el matrimonio siga siendo para ella, por razón natural, una meta deseable, no es ya la única que está a su alcance.

Pero, ¿hasta qué punto esta verdad, formulada teóricamente, ha entrado a formar parte de la verdadera vida de la mujer? ¿Cuántas hay en nuestra sociedad capaces de admitir que el matrimonio es una eventualidad y que deben estar preparadas para el caso de que no llegue? ¿Cuántas se bastan económicamente? ¿Cuántas lo consideran necesario?

Hemos de reconocer que muy pocas. En este aspecto, la posición de la mujer ha cambiado escasamente con respecto a sus antecesoras. Su decisión, en el momento de casarse, no está determinada por opiniones ajenas, como les ocurría a aquéllas; pero, aunque no lo sepa, tampoco actúa libremente.

La idea de que la solución ideal de su vida es el matrimonio, está demasiado arraigada a su alrededor, y en sí misma, para que pueda prescindir de ella. Y así, tras el logro de ese objetivo, se dirige la actividad de una complicada y, en ocasiones, poco digna maquinaria.

La joven casadera, en la medida económica de la familia, es "presentada en sociedad", vestida con el mayor lujo posible, introducida en los ambientes que

se estiman adecuados para trabar conocimiento con muchachos que puedan resultar "buenos partidos". Libros y revistas se afanan en proporcionar consejos para "cazar" a los hombres, empleando "artes" de probada eficacia.

Que estos sistemas lleven implícitos una buena dosis de falta de sinceridad, de premeditación recusable, no importa demasiado. Los padres y las propias interesadas tienen una justificación para adoptarlos: quedarse solteras, aun en un mundo como el de hoy, en plena evolución, es para muchos un reconocimiento tácito de ausencia de valores y, lo que es peor, la perspectiva de un futuro vivido parcialmente, con los fantasmas de la estrechez y la soledad para hacerlo todavía más temido.

teoría y realidad

De este estado de cosas se desprende el hecho de que el matrimonio sea mucho más deseado por las mujeres que por los hombres. Lo que para ellas supone logro, significa para ellos renuncia, cesión. Sólo el amor —o lo que a sus ojos presente tal aspecto— suele decidirles a cambiar de estado. A la mujer, como hemos visto, la animan razones más complejas. Y esto ocurre porque no ha alcanzado aún la madurez necesaria para trascender su condición y optar teniendo en cuenta únicamente la validez de un sentimiento.

Cuando comprenda que el trabajo y los deberes y derechos que de él se derivan no pertenecen exclusivamente al predio masculino; cuando se sienta lo bastante fuerte para aceptar las obligaciones que incumben a todo ser humano y no sólo a los de su sexo; cuando la libertad de escoger su destino no sea sólo una teoría que propugnan unos pocos, sino una realidad aceptada por todos, la mujer llegará al matrimonio considerándolo en su dimensión espiritual, profunda y sincera, y no como una «carrera» provechosa.



la gioconda, en londres

Esta *Monna Lisa* viajera, que no acaba de dar que hablar con sus desplazamientos y su inalterable sonrisa, ha hecho otra de sus piruetas. Su rostro aparece en el centro de un pañuelo de seda natural, con la misma exactitud —o casi— que tiene en el cuadro del Louvre. Es una creación francesa destinada en exclusiva a una boutique de Londres, que hace volver la cabeza a los hombres. Y no es sorprendente. ¿Qué hombre puede resistir el atractivo de una muchacha que lleva dos sonrisas: la suya y la de la famosa florentina?



la rosa tatuada

El invierno ha llegado a convertirse en la estación en que las mujeres se ponen de uniforme. Pantalones y botas constituyen la indumentaria de rigor. Las estiradas, siempre deseadas de llamar la atención y de distinguirse de las demás muchachas, han encontrado un procedimiento que no las obligue —dados los rigores de la temperatura— a recurrir al tradicional bikini. Y, encabezadas por Jayne Quinn, joven actriz de televisión, han lanzado los tatuajes multicolores en la caña, que dan un toque femenino al severo atuendo invernal...